

La cruz de Honninfjord
Giovanni Montanaro

Traducción de Marçal Font i Espí

Miradas 

Título de la edición original: *La croce Honniford*

Primera edición en Libros del Silencio: junio del 2010

© Marsilio Editori s.p.a., Venecia, 2007

© de la traducción, Marçal Font i Espí, 2010

© de la presente edición, Editorial Libros del Silencio, S. L. [2010]

Provença, 225, entresuelo 3^a

08008 Barcelona

+34 93 487 96 37

+34 93 487 92 07

www.librosdelsilencio.com

Diseño colección: Nora Grosse, Enric Jardí

Diseño cubierta: Nora Grosse, Enric Jardí

Corrección de pruebas: Alberto Clavería

ISBN: 978-84-937559-8-0

Depósito legal: B.22.574-2010

Impreso por Romanyà Valls

Impreso en España - Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Luisa, Sofia, Angelo

Honninfjord-Dervinskij, Edvard von (Oslo 1901 – Ingenting 1944), pianista y compositor.

Hijo de Kalle von Honninfjord, embajador del reino de Suecia y Noruega, y de Jacqueline Dervinskij, francesa de origen ruso. Recibió el nombre de pila en homenaje al compositor Edvard Hagerup Grieg, amigo de su padre. Estudió en el Conservatorio de París, donde se diplomó en piano en 1921. Sólo unas pocas de sus obras se conservan completas, entre ellas *Sí-sifo* y *Cristo, Mediodía, El cántaro de Canaán*, la célebre *Tocata y fuga en re menor* y el incompleto *Rey de reyes*. Profesor de música, no escribió ninguna obra teórica, si bien según ciertas fuentes en sus últimos años trabajó en un *Tratado contra la música monódica*. De Honninfjord-Dervinskij aún no se han superado su original combinación de elementos relacionados con la tradición nórdica y sus innovadores acercamientos a las músicas experimentales de la Segunda Escuela de Viena. Sus estudios se centraron en los compositores rusos del XIX, en especial Glinka y Rimski-Kórsakov, y en los altomedievales, desde la música gregoriana hasta Hoisbald de Askert y los primeros polifonistas. [...]

Casado con la violinista Françoise Lisselink, no tuvo hijos. En 1942, a la muerte de su mujer, aceptó la oferta de dirigir el Conservatorio y el Archivo de Ingenting. Al producirse los acontecimientos bélicos y el acceso al poder del gobierno Quisling, Honninfjord-Dervinskij se encuadró en la lucha contra el nazi-fascismo. Sospechoso de alta traición y de relacionarse y colaborar con la resistencia, fue procesado en Oslo en julio de 1944, pero no se pudo probar ningún cargo en su contra, en parte gracias a la solidaridad de la población local, que se negó a testificar contra él. Fue asesinado el 13 de septiembre en su casa de Ingenting. Su asesinato fue considerado, por diversas fuentes, de origen político. [...] Según una anécdota no confirmada, Honninfjord-Dervinskij fue golpeado en la espalda por el asesino mientras terminaba su *Rey de reyes*, y antes de expirar escribió con su propia sangre las últimas notas de esta obra inacabada, tres sis.

Real enciclopedia noruega,
6ª edición, Oslo, 1970, tomo XII,
pp. 1.243-1.245

En / 1
Por qué decidí partir

El día que mi vida cambió para siempre no empezó de una forma distinta a los demás. Aquella mañana comí un *lussebulle*, el cruasán sueco, me puse una chaqueta algo gastada, salí de casa a toda prisa y a las ocho cincuenta y siete entré en el Archivo.

Ella ya estaba allí.

Marie se presentó el 7 de julio de 1965. Con una falda roja. Un jersey azul sin cuello. Mocasines de piel marrón. Sin medias. Parecía una flecha lanzada por el destino.

No esperó a que me incorporase al trabajo; cuando todavía estaba metiendo la llave en la cerradura me dijo, en un inglés con marcado acento francés:

—Buenos días. He venido por una partitura. Me gustaría consultar el *Réquiem* de Honninfjord-Dervinskij.

—Está en el lugar indicado —le respondí apresuradamente, sin que se me pasaran por alto sus ojos verdes.

Marie se quedó un año en Noruega. Se fue al día siguiente de rechazar mi propuesta de matrimonio; una semana después de anunciarme su partida.

Tomó el primer barco de la mañana y me dijo que era inútil que me diera una dirección porque ni ella sabía adónde iba; pero me aseguró que una vez instalada en algún sitio daría señales de vida. Después de tres años de silencio ya no conservaba ninguna esperanza de volver a verla.

Entonces, un día, llegó su carta. De Italia.

La vi enseguida; no acostumbro a recibir correspondencia en un sobre azul perfumado. La carta llevaba fecha de hacía dos años. Marie siempre había sido indecisa para todo.

Las piernas blancas, ese gesto suyo de hinchar las mejillas, las palabras que repetía más a menudo: toda ella me vino de repente a la cabeza. Aunque en el fondo nunca había dejado de pensar en ella.

Tras una intensa correspondencia, seis o siete cartas en un año, acordamos que nos volveríamos a ver apenas tuviera posibilidad de pagarme el viaje con el poco dinero que podía ahorrar de mi sueldo de funcionario.

Aquella era la Noruega anterior al petróleo. Un país pobre que había renunciado a entrar en la CEE y que sufría la competencia de los balleneros japoneses. Un país de pescadores empujados a emigrar a Alemania para trabajar cuando, en 1968, cerró sus puertas Syndere, la mayor empresa de pesqueros de Ingenting.

En aquel transbordador sólo salieron conmigo marineros que dejaban en casa a sus familias y sus navajas de afeitar: hacia las islas Lofoten y Finnmark a pescar merluza; al norte de Dinamarca a por el arenque y la caballa; al Atlántico a por el bacalao.

Para mí el viaje era distinto.

Zarpé el 2 de noviembre de 1970.

Tenía sólo veintiséis años pero trabajaba en el Archivo desde hacía más de doce, desde el 23 de septiembre de 1958, algunas semanas después de la muerte de mi madre.

LA CRUZ DE HONNINFJORD

Llevaba en la chaqueta la última carta de Marie.

En aquel papel estaban los detalles de nuestra cita.

3 de noviembre de 1970, siete de la tarde, calle de le Careghe, Venecia.

El barco pasaría por Bergen, Stavanger, Kristiansand y Copenhague hasta llegar a Lubeca. Desde allí, durmiendo en coche-cama, pasaría por Hamburgo, Innsbruck y Padua y llegaría a las tres del día siguiente. Tenía todo el tiempo del mundo para encontrar el lugar convenido, eso suponiendo que no sería fácil orientarse en Venecia.

No veía el momento de llegar para verla de nuevo después de tanto tiempo. Sí, en aquel momento realmente quería compartir con ella mi soledad para después, quién sabe, multiplicarla algún día. Pero en el fondo me bastaba con volver a verla. Sentir de nuevo sus senos contra mi pecho. Como aquella vez en el Archivo.

Iba hacia ella.

¿Haríamos el amor?

β / Beta
Tilbake 1944

No hay alternativa. Tenemos que hundir el transbordador. Llegaré a Tilbake esta noche; llevo información e instrucciones. Reuniré a los hombres que necesitamos y que ya están en alerta: Johan, Rupert y, naturalmente, Gunnar. Serán ellos quienes lleven a cabo la operación: cargar los explosivos y volar por los aires el barco y su cargamento en mitad del lago Munn.

Reuniré a los supervivientes de misiones precedentes; quedamos muy pocos que no hayamos sido descubiertos o heridos por los nazis. Los demás, comenzando por Olaf, que era el jefe de la resistencia aquí en el noreste, han sido mutilados o asesinados.

La zona de Tilbake es intransitable. El monte Peer es una maraña de senderos. Las aldeas están muy distantes entre sí y los caminos son peligrosos, pero es un territorio perfecto para quien los conoce. Aquí es fácil encontrar refugio, está lleno de cuevas, de chozas abandonadas, de viejos stabbur.

Decidiré lo más rápidamente posible el día de las operaciones. Me ocuparé de cada detalle de la organización. Sobre todo, estableceré contacto con la Norsk Hydro. Allí trabaja un hombre que apoya nuestra causa, Kjetil; él es quien establece los turnos del transporte del material y se encargará de que el cargamento que nos interesa salga cuando estemos preparados.

Estoy irreconocible, aunque esta barba postiza me hace unas cosquillas insoportables; ya tengo todos los documentos falsos conmigo.

La fábrica no deja de producir a pleno rendimiento, y una ingente cantidad de agua pesada está a punto de dejar Noruega con destino a Berlín. Gracias a un soplo sabemos que esta vez el envío del material se hará por barco y no por avión. El transbordador es, pues, nuestra última oportunidad.

No hay elección, aunque la embarcación sea de uso civil y las víctimas vayan a ser numerosas e inocentes. Si no conseguimos interceptar el cargamento los nazis construirán la bomba atómica.

Los rusos presionan en Finlandia y los americanos pronto desembarcarán en Francia. Pero con esa arma a disposición de los alemanes la suerte del conflicto podría invertirse.

Desgraciadamente, durante todos estos años ningún ataque a la Norsk Hydro ha tenido el éxito esperado.

Los ingleses tratan de sabotear la fábrica desde 1941. Después de estudiar el territorio han intentado varias veces el bombardeo. La última hace un mes. Tampoco han descartado la opción de mandar hombres por tierra. Sucedió en 1942, lo recuerdo bien; fui yo, por orden personal del rey, que ya había huido a Londres, quien acompañó a los zapadores de la Royal Air Force de Cambridge bajo el mando del coronel Baskerville; me necesitaban por mi conocimiento de la lengua y del territorio. La nieve hacía casi imposible encontrar el sendero.

Fue en esa ocasión, en Tilbake, cuando conocí y recluté a Gunnar Hauk. Por entonces era sólo un jovenzuelo, un minero imberbe y de constitución grácil. Ahora se ha convertido en el mejor artificiero de toda Noruega. Sólo él está capacitado para instalar en el barco un artefacto de potencia suficiente.

Mi cometido terminará tras haber hablado con Gunnar, dispuesto a los hombres e instruido a Kjetil. Me iré antes de que la operación haya acabado. No puedo arriesgarme a ser asesinado; si yo muriera se

debilitarían muchos vínculos entre las distintas secciones organizadas de la resistencia.

Escaparé atravesando los montes. La próxima semana estaré de nuevo en el Conservatorio a fin de preparar la orquesta de los alumnos para el concierto de fin de año.

Lo más divertido de toda esta historia es que, según los nazis, yo estoy ingresado en una clínica de La Haya tras haber sufrido un accidente de coche camino de Ámsterdam, donde tendría que haber dirigido a la filarmónica en la interpretación de la pieza Sigurd Slembe de Rikard Nordraak.

Tengo que acordarme de cojear cuando vuelva a Ingenting.

En caso de que vuelva.

To / 2

Ingenting 1965

Le pedí que esperase. Necesitaba diez minutos para consultar los catálogos. Sin embargo, tenía la intuición de que no existía ningún *Réquiem* de Honninfjord-Dervinskij. Y raramente me equivoco.

Abrí la puertecilla que conducía al Archivo y agaché la cabeza para entrar en el primer corredor subterráneo. Estaba totalmente oscuro. Como de costumbre, el aire era irrespirable. Encendí las antorchas.

Pese a los muchos años que han pasado desde la primera vez que entré, cuando estoy en el Archivo siempre me parece un sitio realmente impresionante. He perdido la cuenta de las veces que he estado a punto de perderme por sus oscuros corredores, que se extienden a lo largo de kilómetros y kilómetros.

De todos modos, por razones obvias la sala del registro es fácil de encontrar: inmediatamente a la izquierda.

Entré. En cuanto me acostumbré a la penumbra consulté las imponentes hileras de volúmenes enormes.

Por primera vez buscaba una partitura de Honninfjord-Dervinskij. Lo había catalogado hacía menos de un año, en octubre de 1964. Encontré enseguida el pesado tomo que necesitaba: *Noruega 900 A-K*. Lo apoyé sobre una minúscula mesilla de ma-

dera colocada en mitad de la sala. Lo hojeé; encontré el nombre que buscaba y leí, en riguroso orden alfabético, las obras de que disponíamos: *El cántaro de Canaán, Mediodía, Rey de reyes, Sísifo y Cristo...*

Volví a la oficina; ella estaba nerviosa.

—Nada —le dije, decepcionado y un poco paternal—. Muy a mi pesar debo comunicarle que en los índices que tenemos no aparece ningún *Réquiem* de Honninfjord-Dervinskij. Y si no se encuentra en este archivo...

—¿Me está diciendo que no existe? —me interrumpió ofendida. Tenía la piel clarísima, virginal. Los labios rojos como fresas silvestres. Una cruz de oro sobre la camisa ligeramente desabrochada, que permitía intuir la forma perfecta de sus pechos.

Era difícil no distraerse.

—Sólo le digo que no tenemos constancia de ella. Pero no me parece superfluo recordarle que este archivo es el mejor nutrido del mundo.

Resopló y dijo:

—¿Podría buscarlo mejor? Quizás esté...

—¿Qué quiere decir? ¿Cree que no conozco mi trabajo?

—No lo sé —respondió ella con total naturalidad—. ¿No se lo puede preguntar a alguien?

—No hay nadie que conozca mejor que yo los registros. Y le garantizo que...

—Entiendo —murmuró. Pero no se rindió; tras un momento de silencio me miró directamente a los ojos y me suplicó—: He venido desde Francia. No puedo irme de aquí sin encontrarlo...

La miré comprensivo. El Archivo es muy a menudo la última meta de musicólogos, intérpretes, estudiantes y, sobre todo, de cualquier habitante de Ingenting sin nada mejor que hacer. Como la señora Jacobsen, con sus hechuras de ballenato, que

me trae dulces, los pone encima de mi mesa y acaba por devorarlos ella misma. O como cualquier otro pensionista desocupado y borrachín que busque alguien con quien hablar o lamentarse. Es extraño que quienes lo frecuentan soliciten cosas muy extravagantes. Pero quienes lo hacen son por regla general los tipos más irritables y obcecados.

Una vez vino una chica de Sant'Agata di Militello, en Sicilia, para averiguar si Karl Marx había escrito un *minueto*.

Temiendo perder el tiempo y con mucho trabajo de catalogación por despachar, la miré con indulgencia.

—Puedo entenderla. Pero trate de entenderme a mí también: si no aparece en los registros y yo tampoco lo recuerdo...

—¿No puede ayudarme?

—No. Si me pusiera a hacer una falsificación, le aseguro que me saldría un bodrio. En parte porque no soy muy bueno. Pero sobre todo porque Honninfjord-Dervinskij era un compositor extraordinario.

Quería parecerle simpático, no lo niego. Eso le dio energía para incrementar sus ruegos.

—Escuche, para mí es una cuestión de vida o muerte conseguir esa partitura. ¿No podría buscarla yo misma? Me pasaría la vida ahí dentro con tal de encontrarla. No le pido que pierda el tiempo por mí, sino que me dé la posibilidad de...

Casi me da un ataque de risa. No podía ni imaginarse cómo era el Archivo. Dejarla sola ahí dentro me habría acarreado una doble denuncia: abuso de poder y homicidio con premeditación.

La interrumpí con sequedad:

—Ni siquiera a mí me está permitido. Nadie puede entrar solo. Es muy arriesgado. Es necesario saber orientarse y encontrar el camino de vuelta.

—¿Pero no podría solicitar un permiso especial al director? Me pregunté por qué no se lo pedía directamente a John-

son o al papa o al rey de Noruega, pero le respondí con menos ironía:

—Los permisos sólo se conceden en casos muy excepcionales. Y tardan meses en llegar después de cursar la solicitud. Debe existir un motivo avalado por un profesor...

—Entiendo.

—De verdad que no puedo hacer nada por usted.

—¿Ni siquiera ofrecerme una taza de leche caliente? Hace mucho frío aquí en Noruega. —Abrió los ojos como Bambi. Estaba jugando sus cartas.

—Con mucho gusto.

Entre las muchas estudiantes jovencitas y encantadoras que habían venido, con sus blusas perfumadas y el corte de pelo a la moda, ninguna me había impresionado tanto.

Dejé a un lado la preocupación por el trabajo pendiente y salimos del Conservatorio.

—¿Toca usted algún instrumento? —le pregunté para sacar un tema cualquiera.

—El violín —me respondió con un punto de orgullo femenino. No podía imaginar que un día interpretaríamos juntos la *Sonata a Kreutzer* de Beethoven en el teatro del Conservatorio.

Así pues, era instrumentista; no una simple coleccionista, ni una curiosa, ni la responsable de una casa de subastas.

Quería conocer su historia, hacerme con su secreto. Pensaba, sonriendo para mis adentros, que si fuera necesario podía invitarla a cenar para conseguirlo.

Y también que un par de velas ayudarían.

Tre / 3

El Archivo

Legados a este punto es indispensable explicar el funcionamiento del Archivo.

En él se conservan partituras de compositores fallecidos; se trata de un número incalculable de documentos procedentes de todos los rincones del planeta. No hay otro lugar donde se conserve tal cantidad de música.

A mi oficina puede accederse por dos escaleras. Una es la de los visitantes, que yo también uso a diario y que conecta directamente con la portería donde está el viejo Alvaar, que no hace más que dormir. Al otro lado de mi oficina, un pequeño pasaje conduce a la primera galería del Archivo.

La segunda es una escalera de caracol que lleva a la planta superior. Por ahí baja Runar, el encargado del transporte de las partituras. Viene de la sala donde se recibe el material que a continuación me es consignado para su catalogación.

Las partituras me llegan a los veinte años de la muerte de su autor. Runar baja por la mañana los primeros días de cada mes. Unas veces trae sólo un legajo y otras, unas cuantas cajas de partituras.

El cálculo se hace a mes pasado: si un músico muere el día quince del mes, lo traerán el día uno del mes siguiente. Hay me-

ses en que Runar sólo viene seis o siete mañanas. Últimamente le veo casi a diario: la recepción de partituras aumenta exponencialmente.

La gran mayoría de los músicos que llegan me son totalmente desconocidos. Yo los ordeno lo mejor posible y los catalogo.

Ahora tengo un aprendiz que me ayuda y que un día ocupará mi lugar: se llama Fredrik. Ha llegado a hacérseme indispensable.

Siguiendo el sistema habitual de catalogación de archivos, cada vez que llegara un nuevo compositor sería necesario reorganizar todo el material de los estantes. Sólo con un criterio estrictamente cronológico esto no sería necesario.

Pero es impensable; el Archivo no se extiende en línea recta, esa forma en que nosotros, los occidentales, estamos acostumbrados a concebir y administrar el tiempo; ni en círculo o en espiral, como sería más cómodo para un antiguo griego o para un hindú, sino en un intrincado conjunto de estancias y galerías con multitud de saltos y desniveles, bifurcaciones y túneles sin salida.

Y no es sólo que el método cronológico sea inviable, sino que además está prohibido en todos los casos, excepto si se usa de forma acotada en salas individuales o sectores concretos. Esto ocurre, por ejemplo, en la catalogación de la música de carácter nacional, como la de Flandes. El criterio cronológico está siempre subordinado a otros de categoría superior.

Se trata de una norma consuetudinaria que cada custodio explica a su sucesor. Nada se dice de ella en las reglas de 1402, las únicas que rigen el Archivo, escritas por los benedictinos que lo administraban con el fin de dar una imagen de orden al rey de la Unión de Kalmar cuando lo visitaba.

Se supone que dicha prohibición está fundamentada en el hecho de que el Archivo sólo acoja partituras de autores fallecidos, pues a ellos ya no corresponde el tiempo, sino la eternidad.

Otros sostienen, por el contrario, que se trata de una regla atribuible a la voluntad del benedictino Nicolás de Tournai, fundador del Archivo.

Pero estas cuestiones no son importantes. Mi deber es simplemente colocar las partituras en cualquier anaquel desocupado de los recién instalados. Sé que esto es incorrecto, que genera desorden, dobles hileras, incongruencias cada vez más aparatosas. Pero es inevitable y en realidad no cambia nada. Lo importante es que yo lo recuerde.

No hay otro sistema para mantener el Archivo bajo control.

Yo, a decir verdad, creo que toda clasificación es errónea. No sólo la cronológica, la temática, la alfabética o la geográfica. Sostengo que la música debería conservarse toda mezclada, sin ninguna diferencia. Del mismo modo, creo que es un error retener en la memoria el nombre de los autores, pues no existe un criterio a tener en cuenta para la recuperación de las partituras.

Está muy bien cuando recibes un Mascagni, no ves el momento de que te traigan su *Intermezzo*. Pero cuando te llegan los Dovals, los Glaumer II, los Incocciati, te preguntas: ¿por qué se les considera músicos? ¿Porque se cepillaban a la hija del director del Conservatorio? ¿Porque han estado afiliados toda la vida al Partido Comunista o al Democristiano? ¿Porque la fortuna es ciega?

La Dirección se encarga de obtener las partituras por todo el mundo. Pero a menudo las envían sin petición previa institutos nacionales, embajadas, colectivos ciudadanos.

Desde que estoy aquí he visto ya seis veces cómo excavaban la roca para crear nuevos espacios hábiles.

Es posible que el Archivo esté repleto de errores: yo soy fallible y nadie se encarga de revisar lo que hago. Es más, no puedo controlar el trabajo de los empleados del piso superior, que me traen el material. Ellos, como todos, cuando están enamorados o

GIOVANNI MONTANARO

se sienten traicionados, cansados por el footing matutino o decepcionados porque su equipo ha perdido, cometen errores.

Que nadie podrá descubrir jamás.

Quién sabe cuántos errores cometería yo mientras Marie estuvo por aquí y sólo dormía tres o cuatro horas cada noche.

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE ROMANYÀ VALLS
EN EL MES DE JUNIO DE 2010



El pasado nunca muere. Ni siquiera es pasado.

WILLIAM FAULKNER

www.librosdelsilencio.com